

JOAQUÍN CORES

(Oviedo, 1927-Madrid, 2011)

Antonio S. Río Vázquez

Analizar la trayectoria vital de los arquitectos españoles del siglo pasado se convierte en una tarea tan interesante como recordar su legado edificado pues, si lo segundo aún podemos observarlo como parte fundamental de nuestros pueblos y ciudades, lo primero se haya parcialmente oculto por el velo que deposita la historia reciente y su redescubrimiento supone atender, revisar e indagar en fuentes diversas.

Walter Benjamin escribió en una de sus tesis «sobre el concepto de historia» que el pasado se debería leer como un texto nunca escrito. En España, la Guerra Civil y la inmediata autarquía supusieron un largo paréntesis para la aceptación definitiva de las ideas modernas en arquitectura, que habían sido puestas en práctica inicialmente durante el primer tercio del siglo. El trazo fugaz de la modernidad quedará interrumpido y no será hasta finalizada la etapa autárquica cuando se recuperen —reescribiéndose de la mano de jóvenes arquitectos— los principios que habían defendido los arquitectos del movimiento moderno.

En ese tiempo estancado en nuestro país, el movimiento moderno se había convertido en un aparente Estilo Internacional. Según explica Kenneth Frampton en su *Historia crítica de la arquitectura moderna*, «su aparente homogeneidad era engañosa, puesto que sus formas planas y desnudas se modificaban sutilmente para responder a situaciones climáticas y culturales distintas. A diferencia del gusto neoclásico del mundo occidental a finales del siglo XVIII, el Estilo Internacional nunca llegó a ser verdaderamente universal. No obstante, implicaba una universalidad de planteamiento que por lo general favorecía las técnicas ligeras, los materiales artificiales moder-

nos y los componentes modulares normalizados para facilitar su fabricación y ejecución».

En los años cincuenta se da por finalizado el periodo autárquico en España, coincidiendo con la apertura internacional y las políticas desarrollistas que posibilitarán un notable crecimiento económico en las décadas siguientes.

La segunda modernidad será entonces asimilada de maneras y ritmos diferentes por toda la geografía española. Frente a los focos culturales de Madrid y Barcelona —donde se sostendrá un fértil debate teórico sobre el significado y las posibilidades de lo moderno—, la ausencia de crítica y de teoría en otras regiones como Asturias dará lugar a un trabajo individualista y autoestimativo, realizado a través de dos grupos generacionales diferenciados, aunque relacionados entre sí por su concepción práctica de la arquitectura.

Si el primer grupo generacional se corresponde con los titulados en los años inmediatos a la Guerra Civil y, por lo tanto, participa plenamente en los procesos de la autarquía, el segundo grupo se distingue de sus antecesores en que no han pasado por esa experiencia en su ejercicio profesional y, para ellos, la recuperación de la modernidad es un hecho parcialmente dado.

Generacionalmente todos ellos pertenecen al grupo crítico y revisionista liderado en Europa por el *Team X* aunque en los arquitectos asturianos dicha conexión es inexistente y resaltan más los vínculos que los unen con la generación anterior que aquellos que los separan. El marco profesional manifiesta una continuidad en sus postulados, al tiempo que los aspectos artísticos o estilísticos se prolongan en los años siguientes, integrándose en la etapa desarrollista de los años sesenta.

Es en este segundo grupo generacional, que comienza su actividad profesional a mediados de los años cincuenta, donde encontramos a Joaquín Cores Uría, nacido en Oviedo el 14 de octubre de 1927. Su padre, Joaquín Cores Masaveu, era ingeniero industrial e inspector del Consejo Superior de Industria, donde llegará a ser Presidente de Sección en 1960. De la rama de su madre, Laína Uría Ríu, heredará el interés y el aprecio por las artes y la historia. Una afortunada conjunción familiar de humanismo y técnica que llevará al mayor de los doce hermanos a inclinarse por los estudios de arquitectura, después de tentar brevemente la ingeniería de caminos y la medicina.

Finalizada la Guerra Civil, el matrimonio Cores Uría regresa a un Oviedo devastado por la guerra acompañado de sus hijos. Se refugiarán en la casona familiar de Meres, en Siero. El orden espacial, la compleja articulación volumétrica y el rigor constructivo del noble palacio asturiano influirán en el futuro arquitecto. No será solamente un encuentro iniciático, sino que se convertirá también en su testamento edificado, pues en la casona trabajará, junto a su hermano José Ramón, restaurando diversas estancias hasta el final de su vida.

Su actividad profesional comienza en el año 1953, después de titularse en la Escuela de Arquitectura de Madrid. Allí, en las clases de Luis Moya Blanco, Modesto López Otero o Leopoldo Torres Balbás, había coincidido con Genaro Alas Rodríguez, José Luis Íñiguez de Onzoño, Javier Carvajal Ferrer, Francisco Collo de Portugal Acuña y los asturianos Mario Gómez-Morán Cima y Pedro Casariego Hernández-Vaquero, con el que siempre mantuvo una profunda amistad. A diferencia de otros compañeros, que deciden permanecer en Ma-

drid, Cores regresa a su ciudad natal, estableciendo su primer despacho profesional en el número 8 de la calle Melquíades Álvarez.

La apertura internacional que se produce en España a comienzos de los cincuenta se corresponde con el interés de los arquitectos recién titulados por conocer *in situ* la arquitectura moderna europea. Al terminar los estudios, y prácticamente como continuación de los cursos reglados, realizan viajes hacia Centroeuropa, visitando obras de los maestros del movimiento moderno. «Me siguen gustando los edificios nacidos de la Bauhaus», manifestará Cores en una entrevista realizada varias décadas después de ese primer viaje.

El primer encargo en el que poner en práctica las ideas redescubiertas en Europa vendrá por parte de la familia de su padre: su tío, el banquero, industrial y mecenas Pedro Masaveu y Masaveu, había visitado en 1952 la Exposición Nacional Salesiana sobre Escuelas Profesionales en el Palacio de Cristal de Madrid y concibió la idea de hacer algo en el campo de la Formación Profesional para los jóvenes asturianos. En el año 1956 creó el Patronato de la Fundación Masaveu y, para realizar el proyecto del nuevo colegio, confió en el arquitecto de la familia recién titulado.

La Fundación Masaveu se trata de una obra ejemplar en la recuperación de la modernidad asturiana. En ella se aúnan los principios del movimiento moderno en cuanto a metodología y lenguaje —separación funcional, estudio pormenorizado de los elementos mínimos de agregación, sinceridad constructiva, distanciamiento de los estilos históricos y de la ornamentación clásica...— con los de la revisión organicista de los mismos, desarrollada de modo ejemplar en la arquitectura moderna de los países nórdicos.

El conjunto se dispone en una secuencia de terrazas, respetando el lugar y adecuándose formalmente al paisaje. Sobre el nivel superior se sitúan las instalaciones de carácter más público, vinculadas al acceso principal y a la ciudad, y se vuelve más privado conforme se desciende de cota, hasta los talleres situados en la zona inferior. Éstos, con su cubierta formada por una serie de estilizadas bóvedas —que solucionan al mismo tiempo los problemas de cubrición e iluminación de los espacios de trabajo— demuestran el interés del autor por la experimentación estructural y constructiva. El pabellón del teatro, núcleo del proyecto y de la obra pedagógica salesiana, pone en relación los diferentes niveles.

Frente a las obras asturianas de la primera modernidad, la Fundación Masaveu enlaza plenamente con la revisión europea del mo-

vimiento moderno en los años cincuenta: cubiertas inclinadas, introducción de aspectos simbólicos como las cruces realizadas en los paramentos de ladrillo, adaptación orgánica al lugar..., apareciendo incluso ciertos planteamientos brutalistas reflejados, por ejemplo, en la estructura vista del ala de aulas.

El colegio es también un manifiesto de la concepción moderna de la institución docente, alejada de los rígidos esquemas de escuelas tradicionales. Las tipologías clásicas dan paso a una distribución flexible, caracterizada por la diferenciación del conjunto en piezas independientes. Cada una de las funciones se expresa como tal, y luego se coordina con las demás como un mecanismo para formar un grupo eficaz. Si la casa era una máquina para habitar, la escuela sería una máquina para aprender. Con ese planteamiento se inaugurarían las Escuelas de Educación y Formación Profesional de la Fundación Masaveu el 24 de septiembre de 1962.

Ese mismo año, Cores finalizaría —en colaboración con el arquitecto Javier de Mesones Cabello— otra de las obras clave en la recuperación de la modernidad asturiana y que, al igual que el caso anterior, está incluido en el registro de obras de la *Fundación DOCOMOMO Ibérico* (Documentación y Conservación de la Arquitectura y el Urbanismo del Movimiento Moderno). Se trata de los bloques de viviendas en El Campillín (en la calle Arzobispo Guisasola de Oviedo), promovidos por el entonces recientemente creado Ministerio de la Vivienda. Posiblemente, ese viaje iniciático a Europa y el encuentro directo con la obra de los maestros del movimiento moderno le permitieron abordar el problema de la vivienda con las mismas herramientas metodológicas, lingüísticas y cons-



Joaquín Cores Uría en su estudio

tructurivas que defendían y empleaban sus admirados Mies van der Rohe, Le Corbusier o Walter Gropius.

La composición en volúmenes puros, la utilización de un lenguaje radicalmente moderno, el empleo de materiales industriales y normalizados y la estandarización de los sistemas constructivos son aspectos que aparecen en la intervención, un ejemplo perfecto del rigor constructivo que seguirá empleando en obras posteriores.

Incluso podemos leer aquí el arco de trabajo defendido por los maestros del movimiento moderno —de la célula mínima a la ciudad, y viceversa—, pues Cores presta la máxima atención a la distribución interna de la vivienda —algo que caracterizará toda su obra residencial— con zonas de día y noche, estudiadas circulaciones interiores, control del soleamiento... y, al mismo tiempo, atiende con el mismo grado a la implantación urbana del edificio, previendo la presencia del parque realizado poco tiempo después por Luis Prieto Bances, en línea con las ideas urbanísticas modernas defendidas en la *Carta de Atenas* y su revisión por parte de los miembros del *Team X*, como Aldo van Eyck, cuando defendía que «casa era ciudad y ciudad era casa».

Estos planteamientos seguirán apareciendo —aunque no de un modo tan paradigmático— en sus edificios residenciales posteriores, diseminados por diversas arterias de Oviedo como la calle Coronel Aranda o la calle Otero; así como en obras representativas del proceso de terciarización que experimenta el barrio de Uría con la llegada de los ochenta, como el antiguo Banco de Asturias en la calle Fruela —en colaboración con Javier Calzadilla y Roberto García— destinado exclusivamente a uso de oficinas.

Realizará trabajos dispersos en otras localidades asturianas. En Ribadesella, proyectará algunos conjuntos residenciales como el barrio de La Cuesta y el grupo de viviendas García Lomas, terminado en el año 1968, ambos promovidos por la Obra Sindical del Hogar.

En el Grupo García Lomas (también conocido como «Grupo del Cobayu»), situado en el margen del río, Cores hace nuevamente uso de las tipologías modernas, en este caso empleando bloques de bajo más cuatro o cinco plantas para resolver un conjunto habitacional de escala de barrio, con un cuidado diseño de los espacios intersticiales de relación y convivencia. Las plantas bajas de los edificios, inicialmente diáfanas para favorecer la continuidad del terreno en previsión de posibles crecidas, serán transformadas con el tiempo por los propietarios, así como la cubierta plana, desvirtuando la imagen original del conjunto.

En el barrio de La Cuesta, otro ejercicio de vivienda mínima del año 1957, se construyeron 48 viviendas, de apenas 40m² de superficie útil, situadas escalonadas en una ladera de acusada pendiente. Cores planteó un espacio interior flexible que permite múltiples distribuciones para adaptarse a diferentes tipos de familias.

Además de estos trabajos en Ribadesella, en los años setenta participará junto a los arquitectos Julio Galán, Fernando Cabanilles y Francisco Zubillaga en el diseño del Polígono de Otero, una urbanización de 608 viviendas, locales comerciales y oficina de información situada en la periferia de la ciudad de Oviedo, próxima a la carretera de Castilla y promovida también por la Obra Sindical del Hogar. En esta intervención continuará empleando los principios urbanísticos modernos de baja densi-

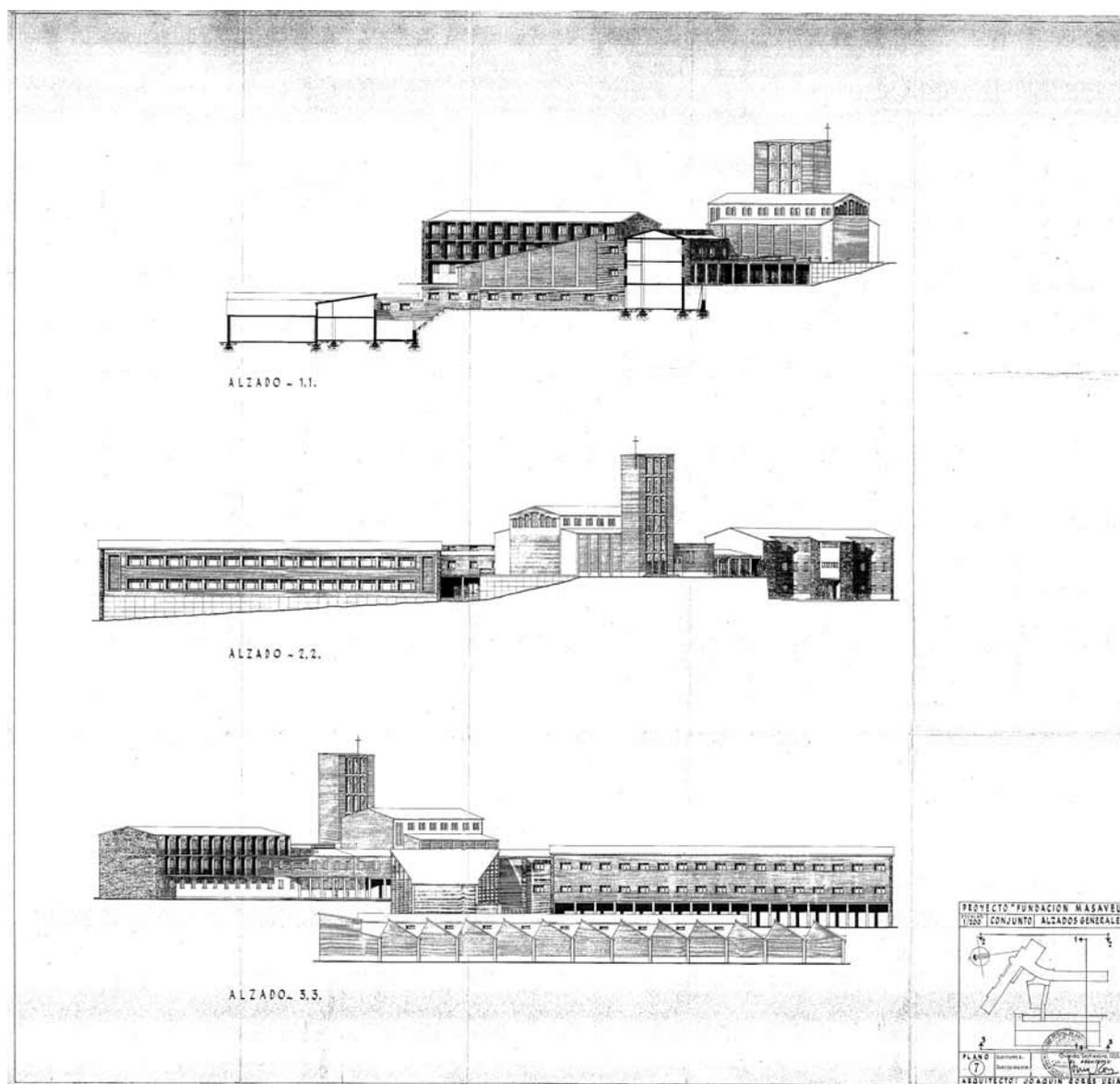
dad y adecuado soleamiento de las viviendas y de los equipamientos emplazados entre ellas.

Como se describe en la memoria del proyecto, se adoptó la disposición de bloque en H, con cuatro viviendas por planta, de tres o cuatro dormitorios, creando cadenas de edificios en beneficio de las zonas libres. La orientación escogida en planta es la de Este-Oeste, por considerarla la más conveniente en esta región, aprovechando así el sol de poniente y evitando en cualquier caso la orientación Norte.

Joaquín Cores alternará durante toda su carrera la actividad profesional en solitario

con colaboraciones con otros arquitectos: a partir de 1970 trabaja en asociación con Javier Calzadilla Pérez y Roberto García Alonso y, en los años noventa, crea la sociedad Cores y Urdangaray —con Isidro Fernández Urdangaray— para la realización de proyectos urbanísticos, en los que contará con la colaboración puntual de la arquitecta Mariana Borissova Boneva.

A lo largo de esos años intercalará la profesión libre con el ejercicio como funcionario en diferentes administraciones: primero, en el Ayuntamiento de Oviedo, donde comienza



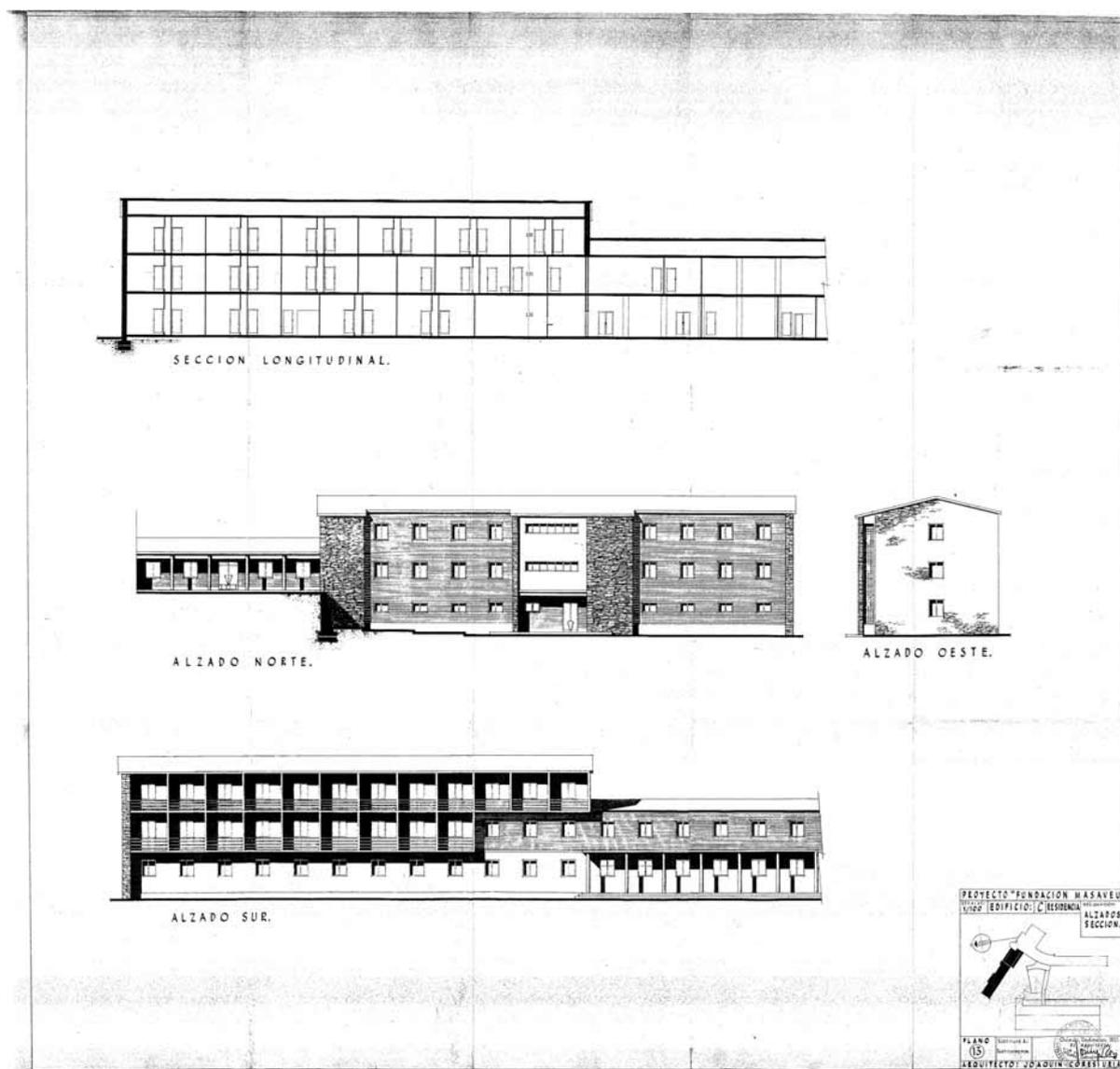
Alzados generales de la Fundación Masaveu, Oviedo (1957)

a trabajar en el año 1955 como arquitecto municipal interino, permaneciendo en ese puesto hasta 1958, cuando es contratado por el Ministerio de la Vivienda.

El 1 de julio de 1964 se convertirá mediante oposición en funcionario del Estado, con destino en la Delegación Provincial de Asturias del Ministerio de la Vivienda. Allí llegará a ser Jefe de los Servicios Técnicos, entre el 24 de febrero de 1968 y el 10 de octubre de 1969, fecha en que cesa por excedencia voluntaria. No termina entonces su labor para la Administración, pues reingresa

en el año 1980 a la delegación del Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo de Salamanca, permaneciendo allí hasta el 1 de enero de 1983. Inicia un nuevo período de excedencia voluntaria hasta febrero de 1986, cuando comienza la última fase de trabajo para la Administración como miembro del Consejo de Obras Públicas y Urbanismo.

El urbanismo será una de las preocupaciones latentes durante toda su carrera: Joaquín Cores no entendía la arquitectura sin ponerla en relación con la ciudad o el paisaje que le da sentido, algo patente desde sus prime-



Alzados y sección de la residencia de la Fundación Masaveu, Oviedo (1957)

ras obras como la comentada Fundación Masaveu o la desaparecida fábrica de *Pepsi-Cola* en La Corredoria (Oviedo). Participará en la redacción de los primeros Planes Generales de los Ayuntamientos de Mieres, Langreo y Gijón, de las Normas Subsidiarias de Ribadesella y de diversos Planes Parciales: los polígonos industriales de Silvota y Asipo y las urbanizaciones en Xivares (Carreño), Verdicio (Gozón) y la Barganiza (Siero), entre otros.

En todos los proyectos buscó integrar la expansión urbanística propia de las décadas de los sesenta y setenta —motivada sobre todo por el aumento demográfico, el turismo y el desarrollo industrial— con el respeto al paisaje asturiano y al patrimonio monumental. Esto ha permitido que gran parte de esos lugares hayan tenido un crecimiento moderado y sostenible y que hayan conservado sus cualidades identificativas hasta la actualidad.

El Plan General de Gijón, contratado a Cores en el año 1965, pretendía poner fin a las

prácticas urbanísticas irregulares en la ciudad, propias del desarrollismo, al establecer una zonificación más detallada y unas ordenanzas de construcción más restrictivas. En el documento, Gijón se dividía en tres ciudades: la «industrial-portuaria» (del Cabo Torres a Fomento), el «centro urbano» (desde el cerro de Santa Catalina, al Norte, hasta la ya planeada autopista del Cantábrico, al Sur) y la «zona verde y de usos especiales» (desde el parque de Isabel la Católica hacia Somió).

El plan tendría un complicado desarrollo, pues se aprueba definitivamente en 1971, se ratifica su documentación complementaria con rectificaciones en 1973 y, en diciembre de 1976, es anulado por el Tribunal Supremo tras el contencioso de unos particulares. A pesar de todo, supuso un gran avance en la planificación y en la cartografía de la ciudad, pues fue pionero en la utilización de vuelos fotogramétricos apoyados en levantamientos topográficos terrestres y sentó las bases de la



Vista general de la Fundación Masaveu, Oviedo (1957-62)

concepción y ordenación de las principales vías de comunicación que articulan la ciudad actualmente.

El crecimiento progresivo que se produce en Asturias, sobre todo en el área central, en la segunda mitad del siglo XX, motivará la necesidad de herramientas de control urbanístico de carácter comarcal o metropolitano, favorecidas por las legislaciones que se plantean a nivel nacional a partir de la Ley del Suelo de 1957, la cual introduce posibilidades innovadoras en estos ámbitos supramunicipales.

Entre ellas destaca la propuesta redactada en el año 1959 desde la Delegación Provincial de Urbanismo por Cores en colaboración con Javier de Mesones que contiene, entre otras ideas para la zona central, la Autopista Y que llegaría a hacerse realidad quince años más tarde. Asimismo, forma parte del equipo interdisciplinar que elaboró en los años sesenta el Plan General de Ordenación Urbana y Comarcal de la Zona Central de Asturias, compren-

diendo quince municipios del área y realizado en colaboración con otros arquitectos —como el urbanista Emilio Larrodera López—, ingenieros industriales, ingenieros agrónomos, médicos y abogados.

A partir de los años ochenta aborda la revisión de las Normas Subsidiarias y Complementarias Municipales de Ámbito Provincial de Salamanca, con el objetivo de obtener un conocimiento comprensivo y sintético de esos ámbitos y personalizar en la medida de lo posible la futura normativa. Sus últimos trabajos urbanísticos fueron la revisión de las Normas Subsidiarias de varios Ayuntamientos asturianos, como Castrillón, Lena y Piloña, realizados a partir del año 2000.

La vida de Joaquín Cores estuvo íntimamente ligada desde su infancia a Asturias en general y a la ciudad de Oviedo en particular, con el mencionado despacho en Melquíades Álvarez y, a partir de los años setenta —ya con Javier Calzadilla y Roberto García—, en la



Fundación Masaveu, Oviedo (1957-62)

calle Santa Teresa. En Oviedo se le encuentra en la génesis de la coalición política que se convertiría en mayo de 1977 en la Unión del Centro Democrático (UCD), además de impulsar el periódico *Asturias Diario Regional* que, a pesar de su corta existencia, se convirtió en una bocanada de aire fresco en el ambiente cultural y político de la región.

Entre sus múltiples aficiones se encontraba la pesca, que practicaba durante sus retiros veraniegos en la playa de Verdicio, donde se había construido una casa. Fue uno de los pioneros en introducir la micología en Asturias, miembro fundador de la Sociedad Micológica Ovetense La Corra y poseedor de un ingente archivo de hongos y setas con dibujos realizados por él mismo. También el dibujo y la acuarela ocupaban gran parte de su tiempo de ocio.

En los últimos años de su vida, los compromisos profesionales y los problemas de salud le llevaron a pasar largas temporadas en Madrid, una ciudad muy distinta a la de su Oviedo natal. Desde allí empezó un exhaustivo estudio sobre las Cañadas Reales que nunca llegaría a ver la luz, con continuas idas y venidas hacia Soria y Segovia para estudiar *in situ* los trazados originales. También Jalón, en el Mediterráneo, le serviría para escaparse temporalmente de la capital.

Tan importante como su dedicación a la arquitectura desde el proyecto fue su participación en la vida colegial. Desde el principio de su carrera profesional estará ligado al Colegio Oficial de Arquitectos —en esos años el Colegio de León, Asturias y Galicia—, experimentando directamente los profundos cambios que afectan al colectivo durante esas décadas.

Como ha indicado José Ramón Alonso Pereira en su crónica del Colegio Oficial de Arquitectos de León, Asturias y Galicia, en los





Iglesia de la Fundación Masaveu, Oviedo (1957-62)



Detalle de la iglesia de la Fundación Masaveu, Oviedo (1957-62)



años sesenta se empiezan a detectar las primeras señas de alerta indicativas de un cambio o deterioro de las estructuras profesionales en general y del modelo colegial existente en particular.

El insuficiente nivel técnico de los proyectos es coincidente con el desarrollo de nuevas tecnologías para la construcción. El incremento de los intereses especulativos ligados al mundo edilicio, la aparición de nuevas clientelas, la intervención del Estado con la promoción masiva de obra pública o el flujo creciente de titulados son nuevas realidades que aparecen en esa década y que, al no ir acompañadas de las correspondientes transformaciones estructurales de la profesión, abrirán dentro de ella una profunda crisis que afectará a la concepción del Colegio.

Entre los años 1956 y 1959 Cores fue Vocal de la Junta Directiva del Colegio, cargo que retomará en junio de 1963. El 25 de mayo de 1967 será elegido Presidente de la Delegación de Oviedo. En las Juntas de Gobierno de los años 1969 y 1973 será reelegido nuevamente Presidente de la Delegación, manteniéndose en dicho cargo hasta mayo de 1975, cuando es substituido por Ramón Fernández-Rañada Menéndez de Luarca. En ese largo período se producen los primeros intentos de puesta en práctica del visado colegial, como garantía ante clientes y administraciones de la acomodación de los trabajos a las normas urbanísticas tan frecuentemente burladas. La implantación del visado supondrá unas atribuciones a los colegios que deberían revertir en una arquitectura de mayor calidad y ajustada a la legalidad.

Si los años sesenta marcan el comienzo de la crisis colegial, los setenta servirán para agravar los problemas surgidos en la década an-

terior, revelando el desfase y la obsolescencia de las estructuras profesionales y demandando una revisión profunda de las mismas. A estos desequilibrios internos se suman las diferentes escisiones que se van produciendo en el Colegio noroccidental con pocos años de diferencia, comenzando por la segregación del Colegio de Galicia a finales de 1973.

El 19 de mayo de 1978 Joaquín Cores es elegido Decano-Presidente del Colegio de León y Asturias. Será Decano de dicho Colegio hasta el 6 de abril de 1981, fecha en la que se constituye el Colegio de Asturias por separación de León. César Fernández Cuevas será Decano del nuevo Colegio de Asturias, y Cores decide permanecer como Decano de León hasta diciembre de 1981, fecha en la que renuncia al cargo para optar a las elecciones de la presidencia del Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España (CSCAE).

Ganará las elecciones y será Presidente del CSCAE entre 1982 y 1985. Entre 1986 y 1987 ocupará el cargo de Presidente del Comité de Enlace de los Arquitectos de la Europa Unida (CLAEU), con sede en Bruselas y, entre 1985 y 1990, será consejero de la Unión Internacional de Arquitectos (UIA), participando en diferentes encuentros de la entidad en Europa y América y realizando numerosos viajes que le llevarán a reencontrarse con la obra de sus admirados maestros modernos.

Otros cargos que ocupará durante los años de presidencia del Consejo Superior de Arquitectos son los de Representante del Consejo Superior Iberoamericano de Asociaciones Nacionales de Arquitectos (CIANA), Representante en el Comité de Enlace de los Arquitectos de la Europa Unida y Vicepresidente del Colegio Internacional de Expertos Arquitectos (CIEA).

Si los retos con los que se encontró en sus años como Decano del Colegio habían sido importantes, no serán menores los de su etapa como Presidente del Consejo Superior, pues tendrá que enfrentarse a los problemas de competencias, atribuciones y titulaciones que afectan al colectivo en los ochenta. En una entrevista del año 1984 publicada en la revista del Consejo Superior señalaba que la profesión «se ve obviamente sacudida por la larga y profunda crisis que atraviesa el sector de la construcción,



con consecuencias muy graves y concretas: de una parte, se ha creado una importante situación de desempleo profesional, con particular afectación a las promociones más jóvenes (pero no sólo a ellas), y, de otra parte, se está produciendo una progresiva disminución de la capacidad del colectivo para sostener una organización corporativa muy costosa».

En esas circunstancias participará como representación del colectivo en la sesión del Congreso de los Diputados del día 11 de ju-

nio de 1985, para informar sobre el objeto de la proposición de la nueva Ley reguladora de las atribuciones profesionales de los Ingenieros Técnicos y dar la visión de los principales problemas que, como colectivo, preocupan de la nueva propuesta legislativa. Cores defiende excluir de esa Ley a los arquitectos, pues remarca la singularidad de la arquitectura frente a otras disciplinas técnicas, partiendo de que «el hecho arquitectónico incorpora y se sirve en buena parte de las tecnologías que



Fundación Masaveu, Oviedo (1957-62)

también son propias de las diversas ramas de la ingeniería y comparte con todas ellas una base de formación fisicomatemática sustancialmente idéntica, pero aquí se acaban las identidades y comienzan las diferencias».

Si comenzábamos esta biografía recordando la importancia de la trayectoria vital construida junto a la obra edificada, en las palabras pronunciadas por Cores aquel 11 de junio en la cámara baja nos encontramos con un auténtico ideario arquitectónico que ya pudimos analizar en su legado construido: «El factor decisivo de diferenciación tiene que ver con el componente artístico o, si se prefiere, con la repercusión estética que de modo ineludible se atribuye a la noción misma de la arquitectura. Quizá no esté de más advertir que la idea estética en el contexto que nos ocupa está radicalmente unida a la de bienestar, elevación de la dignidad humana, mejora de las condiciones sociales, de vida, etcétera, y muy lejos, por tanto, de toda acepción independiente o puramente ornamentalista».

La arquitectura, entendida como oficio, y también como cultura, tendrá «por materia propia la configuración inmediata de los espacios habitables, es decir, la misma vida humana en algunas de sus más primarias necesidades: la habitación, la cultura, el ocio, los servicios de todo orden; en una palabra, la ciudad como ordenación física de la convivencia. Por ello, las exigencias del equilibrio formal, la tensión entre función y estética son problemas genuinos y definitorios de la Arquitectura como profesión y como cultura».

Aunque nunca se dedicó a la docencia reglada, su discurso da señas y pautas para la correcta enseñanza de la arquitectura, así como para tener en cuenta todas aquellas disciplinas en las que su aprendizaje se apoya: «Todas

aquellas disciplinas de índole artística, social y urbanística tradicionalmente incorporadas a la enseñanza de la Arquitectura en cualquier lugar del mundo —historia del arte, elementos de composición, análisis de formas, etcétera—. Lo importante es advertir que estas materias no son meros aditamentos más o menos complementarios de la formación técnica del arquitecto; por el contrario, constituyen los fundamentos necesarios del saber profesional que se trata de adquirir, sin los cuales toda esa formación técnica carecería de su sentido último y en buena parte de su misma utilidad social específica».

La enseñanza de la arquitectura deberá integrar, por tanto —como ya advertía Vitruvio en su *Libro Primero de Arquitectura*—, teoría y práctica en igualdad de condiciones: «Esta enseñanza debe mantener un equilibrio entre los aspectos teóricos y prácticos de la formación de Arquitectura y garantizar la obtención, primero, de la capacidad para concebir realizaciones arquitectónicas que respondan al mismo tiempo a exigencias estéticas y a exigencias técnicas; segundo, un conocimiento adecuado de la historia, de las teorías de la arquitectura, así como de las artes, de las tecnologías y de las ciencias humanas afines, [...] el conocimiento de los problemas de concepción estructural, de construcción y de ingeniería que van ligados a la concepción de los edificios, de la facultad de captar las relaciones entre los hombres y las creaciones arquitectónicas por una parte y las creaciones arquitectónicas y su medio ambiente por otra, así como la facultad de captar la necesidad de realizar creaciones arquitectónicas y espacios en función de las necesidades de la escala humana».

A lo largo de una serie de puntos, Cores va desgranando las ideas centrales del quehacer

arquitectónico, en las cuales destaca la prevalencia de los conceptos humanísticos sobre los técnicos, hecho diferenciador de la disciplina frente a las ingenierías civiles que se imparten en Europa. Por lo tanto, la formación del arquitecto requerirá inexcusablemente de un ciclo largo, de cinco o seis años, como única posibilidad para que pueda darse la síntesis de conocimientos técnicos y humanísticos necesarios. En esa línea se enfocaría la especificidad del grado en arquitectura que se imparte actualmente en las escuelas españolas.

Además defenderá la necesaria unidad del proceso en sus fases de proyecto y dirección, ya que la idea se inicia en la génesis del proyecto y no se culmina hasta la terminación de

la obra ejecutada, como él mismo pudo comprobar a lo largo de toda su carrera. «Proyectar y dirigir, al menos en Arquitectura, no son más que dos secuencias de un solo proceso, que responden a una única base científica, de tal forma que quien no puede proyectar tampoco puede responsablemente dirigir».

Joaquín Cores falleció en Madrid el día 17 de abril del 2011, mientras esta publicación se estaba preparando. Recordar sus palabras y trasladarlas a la obra construida nos indica en qué consiste la auténtica recuperación moderna en arquitectura y nos enseña a leer la arquitectura y a entender su modernidad como ese texto nunca escrito del que hablaba Walter Benjamin.

•BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO PEREIRA, J. R.: *Cincuenta años de vida colegial*. Colegio Oficial de Arquitectos de Asturias, Oviedo, 1982.
- ALONSO PEREIRA, J. R.: «La arquitectura asturiana de los siglos XIX y XX», en *Enciclopedia Temática de Asturias*, Gijón, 1985.
- ALONSO PEREIRA, J. R.: *Historia General de la Arquitectura en Asturias*. Colegio Oficial de Arquitectos de Asturias, Oviedo, 1996.
- ÁLVAREZ QUINTANA, C.: «Arquitectura del siglo XX (II): Arquitectura franquista vs. Vanguardia funcionalista», en *El Arte en Asturias a través de sus obras*. Editorial Prensa Asturiana, Oviedo, 1996.
- GARCÍA BRAÑA, C. y AGRASAR QUIROGA, F. (eds.): *Arquitectura moderna en Asturias, Galicia, Castilla y León. Ortodoxia, márgenes y transgresiones*. Colegios Oficiales de Arquitectos de Asturias, Galicia, León y Castilla-León Este, A Coruña, 1998.
- NANCLARES FERNÁNDEZ, F.: «Joaquín Cores Uría», en el *Apéndice* de la *Gran Enciclopedia Asturiana*, Silverio Cañada, Gijón, 1980.
- VV. AA.: *Asturias. 50 años de arquitecturas*. Colegio Oficial de Arquitectos de Asturias, Consejería de Educación Cultura y Deportes, Consejería de Ordenación del territorio y Vivienda, Oviedo, 1990.
- VV. AA.: *Guía de arquitectura y urbanismo de la ciudad de Oviedo*. Colegio Oficial de Arquitectos de Asturias, Oviedo, 1998.
- Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados*. II Legislatura, 318, Cortes Generales, Madrid, 1985.